

LAS HOGUERAS DE SAN JUAN.

TRADICIONES POPULARES.



SEGUNDA SERIE.—1861.

Las hogueras de San Juan en el siglo XVIII.

AÑO XIX. 16.

En otro tiempo cuando la fe religiosa se mantenía viva, toda la cristiandad encendía hogueras en la noche del 23 de junio, en torno de las cuales se bailaba ó rezaba, no faltando quien saltaba con presteza las llamas, saltando de un lado al otro con la mayor agilidad. Crefase en aquellos buenos tiempos, que el fuego encendido en la noche de San Juan, disipaba las malas influencias que en el aire y en las aguas dejan los espíritus malos, y la Iglesia se asociaba á tan piadosas operaciones, saliendo en procesión y encendiendo en una hoguera las hachas que se repartían á los circunstantes.

Esto último ha desaparecido enteramente, pero el uso de encender las hogueras se conserva aun en algunas de nuestras provincias, y sobre todo en las Andalucías y Estremadura, soliendo aun ver algunas poblaciones, donde no solo bailan en torno del fuego, sino que guardan un tizon apagado, costumbre heredada de nuestros piadosos abuelos, así como la de pasar algunas yerbas por las llamas, para que sirviesen de preservativo eficaz y remedio poderoso contra ciertas enfermedades, colocándolas en las cuadras y establos.

—Id, hijos míos, dijo á dos niñas y á un niño menor que ellas, una infeliz que se hallaba en cama muy mala, según todas las apariencias; id á Cáceres á echar vuestro haz de leña en la hoguera de San Juan, y traedme un tizon y un manojo de yerbas pasadas por el fuego.

—Bueno, madre,

—Si, madre.

—Si, si.

Y Antoñita, Bernarda y Jacintillo, hijos de la pobre enferma, viuda de un guarda-bosque muerto pocos días antes, se pusieron en marcha, después de encerrar á *Canela*, una perra muy cariñosa que quería seguirlos á toda costa.

Desde la dehesa donde vivía Magdalena, hasta Cáceres, había una legua bien medida, es decir, que las piernas de nuestros viajeros, cuya marcha debía ser interrumpida por la necesidad de arreglar los haces de leña, y de buscar las yerbas que debían poner buena á su madre, tenían que andar nada menos que tres horas.

Antoñita que era la mayor y la más bella de los tres hermanos, juntaba las ramas más rectas para la hoguera de San Juan; Bernarda, aunque más viva y aturdida, rezaba un *ave-maria* por cada yerba que cogía, y Jacintillo no estaba tan inquieto como de costumbre.

—Sentémonos al pie de esta encina, dijo á sus hermanas á la mitad del camino.

Y en efecto, se sentó en el suelo, y comenzó ayudado por Bernarda, á hacer el manojo de yerbas. Pero Antoñita les mostró el horizonte que empezaba á ennegrecerse.

—¿Veis? les dijo, pues es una tormenta, con que daos prisa, por que de aquí á Cáceres hay mucho camino.

Jacinto y Bernarda se pusieron en pie y los tres prosiguieron su camino, aunque si hemos de decir la verdad, los dos hermanos menores andaban menos que Antoñita, la cual en virtud de su derecho de primogenitura, tenía zapatos, mientras que Bernarda iba con los pies descalzos, y Jacinto solo contaba para sus dos pies con un zapato roto por la punta. Sin embargo, caminaban á buen paso por una vereda honda y tortuosa, que cubrían con sus espesas ramas las copudas encinas.

—Ahí hay una cruz, lo que indica que en este sitio han matado á alguien, dijo Antoñita, apresurando la marcha.

—Y á la noche tendremos que volver á pasar por aquí! añadió Jacinto con voz mal segura.

—Y la tormenta se aproxima! ¿no oís los truenos? ¡corramos! ¡corramos!

Bernarda al decir esto tiró de sus hermanos, mas eran inútiles sus esfuerzos, porque no podían llegar á Cáceres antes que estallase la tormenta. Ya los relámpagos pasaban casi sin interrupción detrás de la negra cortina que cubría el horizonte por la parte del Sur; la brisa que poco antes producía en el ligero follaje el murmullo de un arrullo, la brisa convertida en huracán, sacaba de las hojas sacudidas con violencia el ruido de una cascada próxima, y resonando el estrépito en las profundidades del bosque, se prolongaba sordamente. Los reptiles, salamandras y culebras, se acogían á los troncos de los árboles horadados que les servían de abrigo; los ganados trashumantes que pastaban en las praderas ó en el encinar, daban mugidos ó balidos llenos de espanto, á los cuales se mezclaban de un modo lúgubre los tristes sonidos de reclamo que los pastores de ciertas provincias sacan del caracol que les sirve de trompa.

—Dios mío, ya llueve, exclamó Antoñita.

—¿Qué gotas tan gruesas, y que calientes! añadió Jacintillo.

—Si solo fuera la lluvia! respondió Bernarda, pero el viento me impide el caminar, es preciso ponernos al abrigo de este árbol.

Entonces Bernarda envolvió en su delantal el haz de su hermana y el suyo, y se acurrucaron lo mejor que pudieron al pie de un alcornoque, mientras Jacinto ponía en el suelo su manojo para sentarse sobre él.

—Dios mío! ¡Oh bendito San Juan! tened piedad de mi pobre madre que está mala.

—Si la lluvia continúa no se podrá encender la hoguera y mi madre se morirá.

Esto decía Bernarda, contemplando con los ojos tristes el horizonte. Oscureciéndose este más y más, se iluminaba por momentos con la luz azulada de los relámpagos, reflejados por la blanca corteza de los álamos y las brillantes hojas de los gigantesceos acebos. Espantosos ecos resonaban en el bosque, aumentándose á cada momento: eran el trueno, el choque de los árboles agitados con la tormenta y desbordamiento de las aguas que se precipitaban como cascadas á los hondos caminos.

—¿Qué desgracia! no se puede encender la hoguera de San Juan, repitió Antoñita, cubriéndose la cabeza con su pañuelo. Y las lamentaciones de su hermano y de su hermana crecían con la tempestad, cuando en medio de tantos y tan diferentes ruidos, Jacinto reconoció una voz querida.

—Bernarda, *Canela* ladra á lo lejos.

—¡Animalito!

—¿De dónde vienes, *Canela*? ¿cómo has dejado á tu ama? ¿por qué?

Bernarda no se atrevió á acabar por no asustar á Jacinto y á Antonia, pero aquella perra que corría hacia ellos aullando, les recordaba el grito de dolor que estos animales lanzan cuando una persona está para morir. Así es que aunque saltaba al rededor no pudo decidirse á acariciarla,

porque tenía el corazón oprimido. Le parecía que procuraba, tirando de sus vestidos, hacerla volver atrás, y también su hermana estaba triste, y no se atrevía á pronunciar una palabra. En cuanto á Jacintillo, con la ignorancia de su tierna edad, pensó en preservar á su perra de la lluvia, y para hacerlo se quitó la chaqueta, cubrió con ella á su favorita, y quiso ponerla su sombrero, pero como no era suficiente, con su linda cabeza rubia adornada de bucles protegía la frente y el hocico de la perra.

A pesar de estas atenciones, *Canela* permanecía triste y pensativa, y dando dolorosos aullidos procuraba llevarse á Jacinto hácia la casa-monte, circunstancia que Antoñita y Bernarda veían con ansiedad, porque no se figuraban que su madre, viendo venir la tormenta, llena de inquietud por sus amados hijos, á quienes no podía llevar socorro alguno, hubiese enviado en su lugar á la inteligente *Canela*.

Ya los pobres niños decían en su desesperación que no tenían necesidad de ver la hoguera de San Juan; ya suplicaban al Señor que dijese á la tormenta: *no vayas mas lejos*, para que pudiesen llevar á la enferma las yerbas benditas que aguardaba, y con su llanto y su desesperación no veían que el horizonte se aclaraba, que calmaba el viento, y que el trueno sonaba con menos frecuencia y resonaba mas lejos.

En fin, un rayo de sol reemplazó á la pálida luz de los relámpagos, rayo de esperanza y alegría que penetró hasta el alma de Antoñita y de Bernarda.

—Vamos, Jacinto, vamos, dijo la hermana mayor, todavía ha de poder encenderse la hoguera de San Juan.

Jacintillo estaba muy cansado; pero un leñador, que también se dirigía á la ciudad desde otro extremo del bosque, le montó en su borrico, de lo que se alegraron mucho las dos hermanas.

Gracias á este socorro y al pase redoblado de la marcha de Antoñita y de Bernarda, que hundían con valor sus desnudos pies en los charcos que era preciso pasar, la caravana llegó á las seis de la tarde á la ciudad de Cáceres. En el momento en que Antoñita, Bernarda y Jacintillo entraron en la población, los purpúreos rayos del sol que se ponía, prestaban un tinte de oro bruñido á las negras paredes de las góticas murallas y de los mas altos edificios.

A los últimos rayos del sol sucedió un crepúsculo resplandeciente, que fué debilitándose por grados hasta que desapareció del todo. Antoñita vió con grande inquietud que se acercaba la noche, y no pudo menos de decir:

—Como no hay luna no veremos el camino cuando demos la vuelta.

—¡Bah! respondió Jacinto, ¿no tenemos la perra?

En cuanto á Bernarda, solo pensaba en su madre, á quien había dejado tan mala, y en la espantosa llegada de *Canela*.

Al fin, luego que la noche se puso completamente negra, salvo las estrellas que brillaban, pero harto lejos para alumbrar la tierra, salieron de la iglesia mayor dos chicos, vestidos de monaguillos, y que llevaban hachas encendidas; detrás de ellos iba la cruz, en seguida el vicario, y por último el cura. Aquella pequeña procesion, seguida de muchos vecinos, púsose primero de rodillas al rededor de la hoguera, que el cura mismo encendió despues de bendecirla. Nuestros tres niños, como es de suponer, iban en la procesion, y, ¡con qué devocion rezaban mientras el cura pro-

nunciaba las palabras sagradas! ¡Qué espectáculo tan bello el que presentaban aquellos hombres, ó mas bien sombras negras, que se inclinaban sobre la llama de la hoguera de San Juan, siempre en aumento, á medida que todo el que pasaba arrojaba en ella su haz de leña! Era un nuevo relámpago que brillaba sin cesar sobre las paredes de la iglesia y de las casas.

—¡San Juan, tened piedad de mi madre! decia Bernarda... añadiendo á la gran hoguera la leña que había juntado con tanto trabajo en el bosque.

—San Juan, curad á mi pobre madre! dijo Antoñita á su vez, arrojando su haz.

Jacintillo hizo la misma invocación, mientras que la ardiente llama devoraba su ramo de encina; y en seguida el cura, seguido de su acompañamiento dió otra vuelta cantando el *Te Deum*. La cruz, la larga estola del sacerdote, que flotaba á merced del viento, los colgantes flecos de las cósas de las mugeres, los anchos sombreros de los hombres, todo lo dibujaban las llamas, prolongándose en espesas sombras sobre el suelo y las paredes.

Cuando desapareció el clero, los vecinos empezaron á saltar por encima de la hoguera, y Jacintillo no fué el último que se puso en fila, porque ¡tenia tanto deseo de tornar á su casa!

—Esperadme al otro lado, dijo á sus hermanas, cogiendo con la mano derecha el manojo de yerbas de San Juan; y cuando vió á través de la llama á Antoñita y á Bernarda, tomó carrera y saltó la hoguera de parte á parte, con lo cual quedaron consagradas las yerbas. Escusado es decir que *Canela*, que estaba detrás de su ramo, le imitó á las mil maravillas, con gran escándalo de la población.

Mientras ardía la hoguera todas las mugeres permanecieron de rodillas en torno del fuego, mientras los hombres y los niños contemplaban piadosamente la llama que se consumía. Entonces Antoñita y Bernarda cogieron cada una un tizon apagado, y la primera dijo:

—Marchemos.

—Sí, sí, respondió Bernarda.

Y aunque la echaba de valiente, temblaban todos sus miembros á la idea de las tinieblas del bosque, donde había tantos lobos y jabalíes. Por fortuna, ó por mejor decir, por disposición del cielo, un vecino caritativo, que conocía á aquellos chicos, les prestó una linterna, con lo cual se creyeron salvados. *Canela*, habituada sin duda á este servicio, cogió el aro de la linterna en la boca, y les sirvió de guia y porta-farol. Ciertamente tenían un conductor seguro, pero es preciso advertir que cuidaba muy poco á sus compañeros, importándole un bledo que los pobres pies descalzos de Bernarda se hundiesen en una charca ó en un arroyo, y no haciendo caso de los espinos que desgarraban el vestido á Antoñita, ó herían las piernas desnudas de Jacintillo; que corría con denuedo por en medio del barro, á pesar de que los hermanos le llamaban de vez en cuando para disfrutar un poco de la claridad de la linterna.

—Mira, Bernarda, este es el árbol donde nos cobijamos hoy, dijo Antoñita mostrándolo con el dedo.

—Sí, es verdad.... ¡Dios mio, cuánto deseo ver á mi madre!.... Marchemos mas aprisa

Y al decir estas palabras apretó el paso. No se oían entonces en aquella vasta soledad mas que el ruido del agua y del lodo que salpicaba á los viajeros.

—Yo estamos en la cruz, dijo Jacinto asustado.

Y los tres hermanos se santiguaron.

—¡Ay Jesús! exclamó al mismo tiempo Bernarda, que de repente se sintió detenida por una zarza.

—¿Para qué nombras este camino? dijo Antoñita; y tú, Bernarda, ¿para qué nos asustas con gritos?

Y casi corriendo atravesaron los chicos el camino en que fué muerto el pobre viagero, sin que aflojasen su marcha, hasta que llegaron á una altura, desde la cual descubrieron en el fondo de una cañada una luz, que sin duda era la de su madre.

—Mas aprisa, hermanos, mas aprisa, dijo Antonia, y *Canela*, como si lo hubiese comprendido, redobló al paso; pero de repente se detuvo, y gruñendo con impaciencia, sin poder resistir mas, soltó la linterna para aullar y correr.

—¡Dios mío! ¿qué tendrá? exclamaron los tres niños juntando las manos, ¿qué habrá oído?... ¿Qué es lo que ha visto?

Bernarda alzó la linterna apagada, atribuyendo aquel lance á un fatal pronóstico, y dirigió á sus hermanos lo mejor que pudo, hácia la luz que desaparecía y volvía á aparecer entre los árboles por intervalos.

—¡Ya estamos cerca, ya estamos cerca! dijo Jacintillo dando palmadas.

—Escucha, exclamó Antonia, oigo una voz que nos llama.

—¡Es la de mi madre! añadió Bernarda saltando de gozo.

Entonces nada pudo impedir á los niños que corriesen, y hallaron á su madre, no en el lecho, sino en pie á la puerta de la casa-monte. Apenas podía tenerse, pero como se moría de impaciencia, de inquietud y de angustias desde que la tormenta debía, segun ella, inundar los hondos caminos del bosque por donde tenían que pasar sus hijos, envió á *Canela* en su seguimiento, diciéndola que los hiciese volver. ¡Y qué tormentos cuando no los vió! Júzguese cuál sería su gozo cuando Antoñita, Bernarda, Jacintillo y la fiel *Canela* la rodearon, llenándola de caricias. Parte de la noche la pasaron entregados á la alegría, y la conmoción del placer que sintió la enferma, la volvió su perdida salud.

Todos los habitantes de aquel país atribuyeron este milagro á las yerbas de San Juan, que se componían de lirios blancos, verdolaga silvestre, álamo verde, las hojas caídas del nogal, romero, y por último, de la flor amarilla, conocida con el nombre de corazoncillo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

¿A QUE SIGLO PERTENECE EL AÑO DE 1800?

Se presenta la cuestion de si el año de 1800 es el año último del siglo XVIII, ó si es el primero del siglo actual, siglo XIX. El sábio secretario perpétuo de la Academia de Ciencias de París, el célebre Arago, ha abordado de frente esta curiosa cuestion, en estos términos:—Se suscita frecuentemente una dificultad entre las gentes de mundo para saber si á la fecha de 20 de marzo de 1800 por ejemplo, se está en

el siglo XVIII ó en el siglo XIX. La cuestion bien examinada se reduce á esto:

¿El año que figura en una fecha es *el año corriente* ó *el año pasado*? ¿Cuando se escribe 28 de marzo de 1800 es preciso entender que se ha llegado al 28 de marzo del año de 1800 *no cumplido todavía*, ó bien que desde el origen de nuestra era han pasado ya 1800 años enteros, aumentados con el mes de enero, de febrero y 28 días del mes de marzo del año 1801?

Para resolver la cuestion, preciso es examinar como se ha contado el origen de nuestra era; es decir, en el año del nacimiento de Jesucristo. Es constante que este año ha sido contado *año desde su principio*, de modo que escribiendo el 28 de marzo 1 se entendía, el 28 de marzo del año 1 que *acababa de comenzar* y no un año cumplido, mas el mes de enero, el mes de febrero y 28 días del mes de marzo del año 2. Resulta de aquí con toda evidencia que todo el día entero del 31 de diciembre de 1800 pertenecía al siglo XVIII: que el XIX ha comenzado unicamente el 1.º de enero de 1801. Esta fecha debe en efecto traducirse así: el primer día del año 1801 que empieza, y no 1801 un años, mas un día del año 1802.

No tenemos necesidad de añadir nada á la lucida demostracion de Arago. Todos despues de haber leído, comprenderán que no estando completo el siglo sino al fin del último día del año que completa *ciento*, es este año secular, que durante 99 años da anticipadamente su nombre al siglo. El año 1800 es el último del siglo XVIII, y el año de 1801 comienza el siglo XIX.

Pero si no hay dificultad ninguna para el cálculo de los años posteriores al día en que comienza una era cualquiera no sucede lo mismo con los años anteriores á este mismo día. Dejemos hablar todavía al célebre Arago.

Los cronólogos y los astrónomos no numeran del mismo modo y manera *los años anteriores al del nacimiento de Jesucristo*. Los primeros llaman *un año antes de Jesucristo* al año que precedió inmediatamente al primero de nuestra era. Los astrónomos lo califican de *año cero*.

El año 2 antes de Jesucristo de los cronólogos no es sino el año 1 de los astrónomos, y así, sucesivamente con una diferencia, siempre igual á la unidad.

¿Quién hace mal? ¿Quién tiene razon en este modo de contar? No será difícil, creo, probar que la denominacion de los astrónomos es la única conforme á la regla de buen sentido de la lógica y de la aritmética.

Podría demostrar si necesario fuese que una cantidad de valores positivos y de valores negativos no entra regularmente en el cálculo, sino á condicion de convertirse en *cero* pasando de uno de sus estados á otro; empero un ejemplo bastará para hacer resaltar las ventajas del método astronómico.

¿Cuántos hay desde el 20 de marzo que siguió al 20 de marzo que ha precedido en el momento del nacimiento de Jesucristo? un año, ni mas ni menos.

Segun los cronólogos, las fechas serian 20 de marzo 1 *despues de Jesucristo* y 20 de marzo 1 *antes de Jesucristo*. Sumando los números indicadores del año despues hallarías dos años para el intervalo de dos épocas, mientras que realmente no es mas que de un año.

Las mismas fechas segun los astrónomos, hubieran sido: 20 de marzo, 1 despues de Jesucristo: 20 de marzo 0 antes

de Jesucristo. Esta vez la suma de las dos fechas daría un año conforme á la verdad.

La fecha de la muerte de Jesucristo es marzo 33 de nuestra era; la fecha de la muerte de César segun el modo de contar de los cronologistas es marzo 44, antes de nuestra era; 44 y 33 años hacen 77 años. Tal parecia ser el intervalo comprendido entre estos dos acontecimientos. Sin embargo, ese intervalo no es sino de 76 como puede convencerse cualquiera refiriéndose á la era de la fundacion de Roma.

Los astrónomos no se hubieran equivocado, porque segun ellos, el año de la muerte de César es marzo 43 antes de Jesucristo. Luego 43 y 33, hacen 76.

MANUEL GUZMAN.

ESTUDIOS HISTORICOS

SOBRE EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.

II.

En nuestro número de mayo de este año, hemos comenzado estos estudios históricos.—Lo bien que han sido recibidos por nuestros lectores nos mueve á continuarlos.

El pontificado no ha ejercido el poder que le fué dado en la edad media, sino para civilizar la Europa. Este es un hecho evidente. Si los detractores del pontificado no tuviesen una venda en los ojos, ó si quisiesen ser por un instante sinceros, se convencerian al estudiar la historia, no solo de la legitimidad del poder temporal, sino que admirarian en él un inmenso beneficio.—Verian con nosotros, que si entre las densas tinieblas de la barbarie ha brillado un relámpago de justicia, si la fuerza brutal no ha arruinado completamente los pueblos, y si por último al feudalismo se ha opuesto la civilizacion y la libertad se debe al pontificado.

Ese sueño de unidad y de independencia que perturba su sueño, hace ocho siglos que defensores de la libertad y de la nacionalidad italiana, han tratado de realizarlo los pontífices-reyes de Roma, colocándose á la cabeza del partido de los güelfos.

Los güelfos, partidarios del pontificado y todavía mas de la libertad, contrabalancearon siempre el poderío de los gibelinos, partidarios del Imperio.—Las divisiones entre Federico y la Santa Sede, jamás tuvieron por objeto la religion.

La cuestion entre el sacerdocio y el Imperio, llevaba solo un objeto político, y este combate que duró siglo y medio, derramó una gloria infinita sobre los pontificados de Celestino II, de Inocencio II, de Alejandro III, de Gregorio IX y de Inocencio IV.

Por cualquier lado que se mire la soberanía terrestre del pontificado, se la verá revestida de una triple gloria, la gloria de la moralidad, la gloria de la política, y la gloria de las grandes obras.

La gloria de la moralidad. Nada mas admirable que la

moralidad que preside á la eleccion de los papas, y sin embargo, la monarquía electiva es el mas imperfecto de los gobiernos. Las elecciones son causa de disensiones y perturbaciones que conmueven y abrasan á un reino entero. El voto de los electores es, ó corrompido ó forzado: existe el vicio, el mal, en el principio de la eleccion. La dinastía de los pontífices es únicamente despues de mil años de existencia, la escepcion de esta ley. Las virtudes mas eminentes, las medidas mas brillantes salen del mas libre sufragio, bajo la inspiracion del Espiritu Santo, y la urna del cónclave ha dado al mundo los doce Leones, los diez y seis Gregorios, los catorce Clementes y los nueve Pios; y no debe asombrar este admirable resultado, porque el poder pontificio es por su misma esencia el menos expuesto á los caprichos de la política, y el que lo ejerce es siempre de los mas ancianos célibe y sacerdote, lo que excluye las causas mas ocasionadas á los errores y pasiones que perturban los Estados.

La gloria de la política. La política de la Santa Sede es gloriosa, porque es generosa, uniforme, previsora, y por consiguiente hábil. Es generosa esta política, porque se subordina á la religion. Los papas no combaten sino por la gloria y la exaltacion de la Iglesia; las armas con que combaten son las de la conciencia y el honor, y sus golpes van siempre dirigidos por la justicia. Es hábil, porque es tranquila, uniforme, estraña á todo arrebató, á toda precipitacion: en la ciudad eterna se puede aguardar. Lo que la política de la Santa Sede dice, lo piensa. Jamás viola los tratados, empero tampoco quiere que su poder temporal, donde la piedad de los fieles, y que en virtud de este origen lleva un título sagrado, sea atacado. Jamás el papa se deja atraer á una coalicion política. Representante supremo de la justicia, está dispuesto á *volverse* á las Catacumbas antes que violar la justicia.

Es previsora, porque sabiendo que las revoluciones vienen preparándose de lejos por las doctrinas subversivas, el Vaticano las repudia, y viéndolas desde muy alto, enseña y proclama doctrinas conservadoras. No solo esta prevision ha servido para garantir á los Estados romanos, sino que ha presagiado á todos los imperios los sacudimientos que los han derribado, destruyendo los tronos y haciendo infelices á los pueblos.

La gloria de la grandeza de sus obras. El pontificado encontró el cadáver de la Roma pagana tendido sobre los siete montes, lo resucitó, y al lado de la Roma de los Césares, levantó la Roma de los Pontífices. Opuso el San Pedro y las basílicas romanas á las ruinas del Coliseo y de los palacios imperiales: el arte de los Rafael, Guidos, Dominiquinos y Miguel Angel, al arte de los antiguos: el genio del Dante Aligeri, del Taso, de Bembo y Sannazaro, al genio de los Virgillios, Horacios y Cátulos. El Pontificado no abrió circos para el combate de los gladiadores, empero desecó las lagunas Pontinas, hizo cultivar las Marcas y las Legaciones, y si no logró fertilizar la campiña de Roma, es porque Dios ha puesto en ella un sello, como á la de Jerusalem, á fin de que una magestuosa tristeza rodee y las dos reinas destronadas, y para que la naturaleza llevase para siempre el luto del Gólgota y del anfiteatro de los mártires.

Los papas han fundado las universidades de Bolonia á de Roma. Un decreto pontificio mandaba en 1310 que se

enseñasen las lenguas orientales do quiera se hallase la corte de Roma. Protectora de la antigüedad misma, el Pontificado ordenó escavaciones en la ciudad y en el campo: y reuniendo en incomparables museos los restos de lo pasado, salvó así los monumentos y el arte de los antiguos. Así ha pasado glorificándose por lo grande y lo sabio de las empresas, y no pudiendo adulterarse la historia para dañarla, los enemigos de Roma se han puesto con increíble encarnizamiento á acriminar y calumniar el gobierno eclesiástico. Han pedido á voz en grito reformas de abusos que sólo existían en su imaginación, y á fuerza de tanto gritar, han concluido por sorprender la buena fe de las gentes honradas, que realmente creen que es desgraciado el pueblo romano, que gime en una dura esclavitud, y que es detestable su administración.—Fáciles son de corregir estos errores, y de refutar estas calumnias.

Hay hombres que gritan que el gobierno pontifical es el mas absoluto y tiránico de todos los gobiernos: que el pueblo romano se halla sometido al régimen clerical, que no reconoce mas ley que el derecho canónico, enemigo de todo progreso. Sería necesario, dicen, secularizar el gobierno, hacer grandes reformas para calmar el descontento del pueblo romano, que no tardaría en sublevarse y hacer una revolución si no lo tuviesen sujeto las bayonetas extranjeras, y protegiesen al Soberano Pontífice.

Groseros errores son estos propagados por hombres pérfidos, que mienten á Dios á su conciencia, y que es muy fácil confundir en su mentira, sin mas que oponerles la verdad de los hechos.

Tomemos las cosas desde mas lejos, y enseñémosles el poder temporal de los papas protegiendo las libertades de la Europa, emancipando el pensamiento cristiano de las municipalidades y de los pueblos.

No hay en Roma diputados que voten las contribuciones, empero la monarquía del papa es moderada, templada por mil medios y por tan bellas instituciones que es el gobierno mas suave de la Europa.

«Lo que verdaderamente templa las monarquías, y las distingue del despotismo, ha dicho Montesquieu, es primero la ley que es superior al rey y reina como soberana; la ley que no es momentánea y pasajera como la caprichosa voluntad del despotismo; la ley que nadie puede en el Estado violar, y que manda y obliga al mismo soberano. Despues son las costumbres del príncipe que contribuyen tanto para la libertad como las leyes. Por último, son las clases intermedias y los cuerpos constituidos, organizados y bastante poderosos para resistir y oponerse al mismo monarca si violase las leyes y la justicia.» Todo esto se encuentra en Roma. Las leyes son las mas prudentes y sábias de Europa. Es el derecho de los emperadores, el antiguo derecho romano, de donde se ha sacado el derecho civil.

Al lado del derecho romano se encuentran las constituciones de los papas formando otra legislación bajo el título de derecho canónico. Esta es la legislación tan vivamente atacada por los que pretenden que el derecho canónico es radicalmente inmóvil, y que nada puede esperarse de un gobierno inmóvil como una piedra.

Nada iguala á la ignorancia y á la falta de lealtad de estos hombres, porque si bien es cierto que algunos puntos esenciales y dogmáticos son inmutables, las disposiciones reglamentarias de que se componen no son inmutables, ni han

permanecido invariables como el dogma, y han sufrido profundas modificaciones con el transcurso de los siglos y la marcha de la sociedad cristiana.

Los tribunales ordinarios compuestos de jueces, en su mayor parte seglares é inamovibles, funcionan en todo el Estado. En cada pueblo hay un juez de paz, en cada cabeza de partido un tribunal de primera instancia. Roma, Bolonia y Macerata, tienen un tribunal de apelación, y se apela en tercera instancia en todo el estado pontifical para ante el tribunal supremo de la Rota.

Sobre todos los tribunales está el tribunal de la Signatura que reforma todos los juicios como el de casación nuestro. El mismo papa en último análisis confirma, ó casa y anula las sentencias de su soberana autoridad en virtud del derecho romano y del derecho eclesiástico. Los papas han establecido ademas las dos sociedades de abogados de San Ibo, y de San Gerónimo para defender gratuitamente á las viudas y á los huérfanos.

¿En qué legislación, en qué gobierno se encuentran tan admirables instituciones?

Las costumbres y las virtudes pontificales forman tambien un contrapeso á la autoridad soberana.

A estas dos causas, á una legislación prudente y benévola, y á la alta moralidad del gefe de la Iglesia ha debido el reino pontificio aquel estado de tranquilidad y de prosperidad que tan alto proclamó Voltaire cuando dijo: «Los romanos de hoy no son conquistadores, empero son felices.»

No es bastante esto todavía: los papas tienen establecido poderes intermediarios para contener el soberano poder en los límites de la moderación y de la justicia como son: la nobleza en sus privilegios que se remontan á los tiempos mas antiguos; el Sacro Colegio formado de hombres á quienes no pueden quitarse ni sus derechos ni sus títulos; la Cámara Apostólica compuesta de doce eclesiásticos inamovibles, presididos por el cardenal camarlengo, que toman las cuentas del Estado como hace en España el Tribunal mayor de cuentas. Hay ademas las órdenes religiosas con sus constituciones, sus privilegios, su poderosa organización, el clero con sus cabildos, que no olvidan que la rebelión siempre es prohibida, pero que saben tambien que la obediencia debe de ser razonable, el clero que en todos los tiempos ha sido una formidable barrera contra el despotismo.

«¿Dónde estarían, esclama Montesquieu, la España y Portugal despues de la pérdida de sus libertades sin el poder que únicamente contuvo el poder arbitrario!»

El mismo pueblo en los Estados romanos se halla organizado para la resistencia. Hay en él asociaciones, cofradías, gremios de oficios. Un hombre solo cuando le atropella el poder no puede resistir, empero la corporación á que pertenece puede hacerlo por él, y lo hace impunemente. A pesar de eso los papas no se han contentado con esta admirable legislación, con las prudentes precauciones de los cuerpos intermediarios templando y moderando su autoridad, y han dado las mas liberales instituciones á sus Estados.

La misión de la iglesia católica es la de ennoblecer y realizar todas las cosas. El despotismo es el olvido de la justicia y del derecho, nada tiene pues de extraño que lo repudie. La Iglesia católica es la hija de la libertad. Contemplemos su obra.

Hemos visto á la Iglesia dueña de las cosas humanas por el establecimiento del poder temporal. El sufragio de los pueblos había recompensado en ella el poder regulador que había organizado la resistencia á la injusticia. Sin embargo la Iglesia no puede salvar el imperio romano desplomándose bajo el peso de las iniquidades, empero trata de inocular en los reinos que se levantaron sobre los restos del gigante el espíritu del cristianismo, es decir, de una prudente y bien entendida libertad, y les otorgó cartas y constituciones que son todavía en nuestros días un modelo de buena administración y de sabiduría.

Fácil es de comprender que la introducción de una autoridad como la de los papas en la antigua constitución de Roma debió hacer modificaciones en ésta que con el tiempo dieron una nueva faz á la existencia política de la ciudad: empero es difícil seguir en el trascurso de los siglos bárbaros, las revoluciones constitucionales que fueron su consecuencia. El movimiento de estas revoluciones se escapa á nuestras investigaciones, los datos sobre este punto no han llegado hasta nosotros.

Pasaremos en silencio las innovaciones de Arnolfo de Brescia, las utopías del Dan'te, del Petrarca y de Rienzi, y llegaremos á la época en que el gran cardenal AlbornoZ despues de haber reconquistado el ducado de Spoleto, la Umbria, las Marcas y la Romanía dió al pueblo romano con el consentimiento de Inocencio VI y de Urbano V, una de las mas liberales constituciones de la edad media. Está escrita en la colección de las leyes pontificales conocida bajo el nombre de *Constituciones egidianas*.

Las ciudades se hallaban divididas en cuatro categorías con privilegios peculiares á cada una: las municipalidades eran como soberanas. El Estado se hallaba dividido en provincias mandadas por un gobernador. Tres ó cuatro provincias formaban un gobierno superior desempeñado por un cardenal con el título de vicario de la Santa Sede en lo temporal.

Debía reunirse cada año el parlamento de todas las órdenes para deliberar sobre los negocios de la provincia y votar las contribuciones. Esta constitución liberal ha regido el Estado pontificio hasta el siglo pasado, y si las libertades de Roma y sus franquicias se vieron por un instante comprometidas, culpa fué de la revolución francesa. Este estado de cosas había permanecido en pie hasta que la ocupación del Estado pontificio por el ejército francés plantó en él á fines del último siglo la constitución francesa derribando la suya propia.

Una parte de este país formó lo que se llamaba el *Departamento del Tiber*, y fué gobernado por un prefecto como los demas departamentos franceses. Se anexionaron las Legaciones al régimen itálico, sometido él mismo al nivel de la civilización. Estos cambios en la constitución política de esta parte de la Italia, lejos de haber destruido el espíritu provincial y municipal peculiar de estas provincias no ha servido mas que para robustecerlo al hacerlo y conservarlo en ellas con toda su fuerza y vigor.

A la vuelta de Pío VII á Roma en 1814, la península italiana se halló llena de sociedades secretas. Movidos por una parte por los consejos de los hombres de estado franceses, y preocupados por otra de sus justos temores del porvenir, los hombres de los Estados romanos creyeron imprudente el restablecimiento de la antigua constitución, y el car-

denal Gonsalvi modificándolo centralizó el poder político en manos del cardenal secretario de Estado. Se dividieron las provincias como los departamentos franceses con un delegado ó prefecto á su cabeza. Bolonia, Ferrara, Rávena y Forli conservaron una parte de sus antiguas franquicias con un delegado ó prefecto á su cabeza.

Duró quince años este sistema gubernamental, y se creyó poder sin peligro conceder al pueblo mayor libertad y devolverle sus antiguas constituciones.

Desde lo alto del Vaticano, el pontificado mas patriótico y mas generoso hizo una llamada al pueblo romano: ¡la revolución fué la que le respondió!

Cuando Dios escoge sus elegidos les imprime en su frente un sello á fin de que aparezcan en medio de los pueblos radiantes con su divina y celestial misión. Las señales del martirio resplandecen mas sobre el candor de su vida; caminan adelante derechos, aunque este camino deba conducirlos á su inmolación.

Pío IX había subido al trono de San Pedro en medio de las aclamaciones del mundo entero. La revolución había encubierto bajo la máscara de la alegría, sus pérfidos y siniestros proyectos. Había saludado con frenesí al dios, para hacer pedazos sus altares, lo habían coronado sobre el cráter á la hora de abrir el volcan. El pueblo romano había tirado entusiasmado de su carro, y el augusto pontífice no había reparado que al pasar bajo el arco triunfal de la Clemencia, lo arrastraban al Circo de los Mártires.

Pío IX concede la amnistía, la revolución declara que no se halla satisfecha. Vendido por los que había sacado del destierro y de la emigración, el papa hace frente á las dificultades que le suscitan, con una intrepidez que asombra y admira á la Europa. Se le quiere obligar á que declare la guerra al Austria, y á ello se niega el Padre de todos los fieles. El pueblo no se contenta ya con la Consulta de Estado, Pío IX le concede instituciones mas liberales todavía que las *Constituciones egidianas*. Se hacen elecciones, se votan las contribuciones y se discuten las leyes.

No tarda mucho en recibir la recompensa.

Nosotros presenciamos lo que pasó, y lo hemos escrito en la historia del poder temporal de Pío IX. Nosotros nos hallábamos entonces, en 1848, en la ciudad santa. La sangre del ministro Rossi, grita todavía venganza sobre el Monte Citorio. El palacio del Quirinal fué sitiado. El pontífice huyó de manos de los rebeldes, y en su destierro de Gaeta desbarató Dios los proyectos de la revolución. Las potencias católicas, de comun acuerdo, le volvieron á conducir á su capital, escoltado del ejército francés y español. El bondadoso pontífice volvió á entrar en la ciudad como su pastor. *In urbem reversus pastor, sed non ultor*. Cedió una nueva amnistía de que solo fueron exceptuados los que habían derramado sangre. Se aplicó á curar los males que había causado la revolución. El comercio y la industria tomaron nuevo impulso. Se estableció para la hacienda una nueva consulta. Se han convocado nuevas asambleas comunales y provinciales; por último, los Estados de la Iglesia gozaban de un bienestar y de una economía desconocida en otras naciones.

Tal ha sido Pío IX como rey, como pontífice ha estado siempre á la altura de los destinos de la Iglesia, que hoy como en todos tiempos, ha tenido sus persecuciones y sus triunfos. Firme, incontestable, como los Gregorios VII y

los Inocencios III, ha defendido heroicamente los derechos y propiedades de la Iglesia. En Holanda, en Inglaterra, en Alemania y en Oriente, ha abierto una nueva era de gloria para el catolicismo. Ha definido por último y declarado el dogma de la Inmaculada Concepcion. Como príncipe temporal ha sufrido los mas grandes insultos, su corazon se ve lleno de amargura, sus Estados invadidos páfidamente por el rey de Cerdeña, que quiere establecer en Roma la capital de la Italia unida, sueño quimérico que ha costado tanta sangre, que produce la alarma de la Europa, y puede precipitarla de un momecto á otro en una guerra universal. Pio IX se mantiene en Roma, única ciudad que le queda de sus antiguos Estados, porque la ocupa un ejército francés. El día que éste se retire, el venerable pontífice, el jefe de la cristiandad, tendrá que buscar un asilo en algun pueblo católico, despojado de su soberanía temporal, que tantos beneficios ha dispensado al mundo.

Aun no ha llegado este caso, la Iglesia triunfará como siempre, porque así está escrito. Esperemos en Dios y oremos por el vicario de Jesucristo en la tierra!!!

EL CONDE DE FABRAQUER.

MATATIAS EL HERRADOR.

LEYENDA.

En los primeros días del cristianismo habia en una poblacion de los alrededores de Damasco, en Siria, un viejo herrador llamado Matatías.

Como la mayor parte de sus compatriotas, habia doblado la frente este artesano y recibido el agua santa del bautismo.

La proximidad de los tiempos y de los lugares en donde se habian verificado tantos milagros, las sublimes predicciones de San Pablo, convertido de perseguidor en apóstol de la nueva religion, el ejemplo de las gentes mas ilustradas, todo habia arrastrado á nuestro buen herrador á colocarse bajo el estandarte de la cruz.

Sin embargo, se fué disipando insensiblemente su fervor, no porque le faltase fé, que ésta nunca falta al hombre de sana razon, sino porque si se habia despojado del hombre viejo como pagano, no habia podido despojarse de su antiguo defecto, que era el mentir.

Un dia, los dos apóstoles, Santiago y San Andrés, que pasaban por aquel pais para ir á evangelizar las comarcas todavía idólatras, entraron en la fragua de Matatías, y le pidieron que echase una herradura á un borrico que llevaban.

—No somos ricos de bienes de este mundo le dijo San Andrés, ¿querreis en lugar de dinero, recibir en pago tres dones espirituales? Somos discípulos de Jesus y vamos por todas partes para dar testimonio de él.

—Y yo tambien, respondió Matatías, creo que era el Hijo de Dios, y por eso aceptaré con gusto y agradecimiento lo que querais concederme.

En un momento quedó herrado el borrico.

—Hablad al instante, le dijo Santiago, pedid y recibireis.

—Tengo ahí un banco, le dijo Matatías, sobre el que vien-

nen á sentarse todos los ociosos de estas inmediaciones; yo no me atrevo á despedirlos por miedo de perder la parroquia: desearia para castigarlos que no pudieran levantarse de ese sitio sino con mi permiso.

—¡Vaya una peticion singular! exclamó San Andrés, pero como os hemos prometido consentir en ella, os lo concedemos.

—¿Veis cerca de aquella tapia, continuó el herrador, un magnífico cerezo? los chiquillos y merodeadores apenas me dejan una cuarta parte de las que produce todos los años, desearia que los que se subieran á aquel árbol no pudieran desprenderse de él sin mi voluntad.

—Concedido, dijo Santiago.

—Todavía tengo aqui, prosiguió Matatías, un saquito de cuero de donde muchas veces me han sacado dinero: deseo que nada de lo que entre en esta bolsa salga sin mi consentimiento.

—Cúmplase vuestro deseo, dijo Santiago, y ojalá no abuseis de nuestros dones y merezcáis la bendicion del cielo.

—La paz del Señor sea con vos, exclamó San Andrés.

Y los dos apóstoles volvieron á ponerse en camino y cuando uno de los dos se cansaba de andar á pie, el otro le cedía su sitio sobre los lomos de su lento, pero infatigable compañero.

Algun tiempo despues de la visita de los dos apóstoles, Matatías gastó en beber algunas monedas, su muger que era avara, lo advirtió y armó con él por esto una quimera.

—¡Yo gastar mi dinero en beber! exclamó el viejo embustero, es falso, es mentira, ¡Que el diablo me lleve si es verdad!

Es preciso advertir que le era muy familiar esta expresion, que algunos siglos mas tarde convirtió en su juramento favorito el buen rey de Francia Luis XII.

El Diablo, á quien habia apelado, le cogió la palabra al herrador, y llegó á la fragua disfrazado de viagero, armado de un gran palo. Era de alta estatura, andar arrogante, y sus ojos encarnados tenian algo de aterrador. Encontróle solo.

—¡Aqui estoy! Y pues que quieres que te lleve, vas á seguirme.

—¿Quién sois? le preguntó todo temblando el pobre viejo.

—Soy el Diablo.

—¡Cielos! ¡Tened compasion de mí! exclamó Matatías.

—Vamos, vamos, es preciso venirme conmigo..... continuó el espíritu de las tinieblas.

A Matatías se le ocurrió entonces una idea. Pensó en sacar partido de uno de los dones que le habian concedido los dos apóstoles.

—¡Mucha priesa traeis! le dijo á Satanás, dadme al menos tiempo para ir á abrazar á mi muger antes de dejarla para siempre, sentaos en ese banco, que dentro de un instante vuelvo.

Sentóse el Diablo y Matatías volvió á entrar algunos minutos despues en la fragua.

—Marchémonos, le dijo el herrador.

Satanás quiso levantarse, pero inútilmente.

—¿Vamos, no venis? continuó diciendo el herrador con gran risa. ¿A qué hacer esas contorsiones demasiado diabólicas? Ya me fastidio de tanto aguardar.

El Diablo volvió á comenzar sus gestos, trató de levantarse á la derecha, á la izquierda, por delante y aun hacia